JUAN L. ORTIZ, *En el aura del sauce*. Introducción de Hugo Gola. Rosario (Prov. Santa Fe, Argentina): Editorial Biblioteca, 1971. Colección Homenaje, 3 vols.

En los tres tomos de *En el aura y el sauce* se reúne la obra poética de Juan L. Ortiz, poeta argentino de la década de 1920, fenómeno insular de la literatura argentina comparable, por su resistencia al encasillamiento y a la alineación estética, a Macedonio Fernández, con quien guarda similitud por su insólita singularidad lírica y humana. Nacido en 1896 en la provincia de Entre Ríos, en contadas ocasiones se alejó de su terruño, al que ha permanecido tercamente fiel, con una fidelidad a la comarca abierta al mundo y a una visión universal de las cosas. Sin estridencias programáticas, sin sucesos estrepitosos, la poesía callada —valga la antítesis— de Juanele se impone en el panorama poético argentino de este siglo como una meditación lírica inédita e incesante, interrogativa del cosmos y de la condición humana, ritualmente reiterativa en su actitud mágica, de una religiosidad cósmica en su postulación de la unidad y la armonía final.

Los tres volúmenes que comentamos rescatan poemarios escritos de 1924 a 1958 e inéditos posteriores. Son trece libros poéticos, a saber: Tomo 1: *El agua y la noche* (1924-1932); *El alba sube* (1933-1936); *El ángel inclinado* (1937); *La rama hacia el este* (1940); *El álamo y el viento* (1947); *El aire conmovido* (1949); *La mano infinita* (1951). Tomo 2: *La brisa profunda* (1954); *El alma y las colinas* (1956); *De las raíces y del cielo* (1958); *El junco y la corriente* (inédito hasta 1970). Tomo 3: *El Gualeguay y La orilla que se abisma* (inéditos hasta 1971). Actualmente, tras estos textos de dilatada extensión, el poeta todavía prepara un cuarto volumen.

A través de tan vasta trayectoria J. L. Ortiz cumple su obra como una parábola circular, ya que su poesía, nutrida de la sustancia viva de la existencia histórica y de las savias vitales de la naturaleza contemplada hasta el éxtasis, se instala sin embargo en un espacio y en un tiempo míticos. Más allá del paisaje nativo y sus gentes, más allá de los acontecimientos regionales, nacionales y mundiales que estremecen al poeta y lo comprometen, la línea axial que organiza y construye su edificio poético, su lenguaje, es de carácter mágico-religioso: una indagación del todo en lo uno y de la totalidad como unidad, una convocatoria a la armonía primera, un canto religante de todas las criaturas, un exorcismo a la ilusión para que el mundo sea tal cual es en su desnudez esencial.

Así se echa de ver en el orbe poético que ahora, gracias a estos tres volúmenes, podemos abarcar enteramente: un ahondamiento progresivo de la visión del hombre y del cosmos, una intensificación mística de la contemplación poética que condensa las áreas semánticas y las formas expresivas en determinadas constantes cada vez más interiorizadas. Es decir, precisas invariantes son moduladas en matizadas y sutiles variantes tanto en el plano del contenido cuanto en el de la expresión. Podemos caracterizar la poesía ortiziana como una poesía interrogante, una poesía iterativa y una poesía animista en el plano expresivo correspondiente, en el estrato del contenido, a una dialéctica del corazón. Entendemos aquí por dialéctica del corazón la inteligencia amorosa, dialogante y comulgante con toda la creación, en cuyo centro está el hombre tendido como un arco hacia la otredad. Esta dialéctica cordial comprende invariantes semánticas integradas en una gran unidad de variaciones: los ciclos cósmicos, sus ritmos, armonías y rupturas, la identificación con la vida cósmica y la aprehensión de su unidad en tanto superación de los

contrarios; la imagen mítica, adánica del hombre cuyo prototipo es el poeta, y la poesía como obra primordial; la participación del destino del hombre y su aventura compartida en todas sus instancias; la actitud humanista contra la guerra, la pobreza, el hambre, la injusticia, que desquician la armonía del mundo; la condición humana fundamental y su relación con las circunstancias; la esperanza mesiánica en una fraternidad universal. Esta conciencia profunda del hombre y del mundo acusa rasgos distintivos de estilo, particularmente en una peculiar organización sintáctica y sus correlatos rítmicos: la tendencia interrogativa e iterativa en sus variadas modulaciones se constituye en la forma expresiva de la exploración, auscultamiento y registro de lo real visible e invisible, de la apelación acuciante al "íntimo misterio del paisaje", a "la misteriosa música en que flotamos", al "rostro que está en todos los rostros". Asimismo es fundamental la orientación animista o de vivificación del mundo circundante en la que el lenguaje es predominantemente trópico, visionario. La imagen sensibilizadora revela la contemplación del mundo en tanto conocimiento por connaturalidad y experiencia religiosa de las cosas asumida por el discurso lírico. Formas de contenido impresionista y expresionista contribuyen a fundar por el lenguaje una visión transformadora del ámbito regional en tanto imagen de una totalidad más dilatada y profunda. Lenguaje de encantatorias alusiones y de mágicas elusiones, el animismo orticiano, como fenómeno trópico, transparece la fuerte dosis de pansiquismo y de panteísmo que recorre este organismo poético.

Juan L. Ortiz, poeta de la generación de 1922 o del denominado primer vanguardismo (claro está, sin alistamiento alguno, independiente), podría ser aproximado —aunque descontando sustanciales diferencias— a otro destacado poeta de esa generación: Ricardo E. Molinari, por el recato, el ascetismo, la espiritualidad de su vida artística, y por la proyección metafísica de la visión cósmica que sus respectivas obras entrañan. Ambos, poetas de la tierra y de la interioridad, de los grandes espacios y de la intimidad ontológica del corazón, se asemejan ciertamente, no obstante otras notas distintivas que los separan, por ejemplo, la melancolía agustiniana de Molinari y la alegría franciscana de Ortiz.

Al igual que Molinari, Ortiz no es de fácil lectura; ambas poemáticas exigen del destinatario desnudez, silencio interior y desasimiento extremos para su captación fiel. Aun a través de palabras "sencillas y claras" y de evidentes temas líricos reiterativos, esta poesía convoca al receptor de su mensaje desde profundos estratos donde la palabra dice mucho más que ella misma en un halo de personalísimas connotaciones. En *el aura del sauce* empieza como arroyo y se transforma en río, en mar, en abismo y firmamento sin fronteras. Este crecimiento poético, esta incrementación expresivo-semántica exigen una frecuentación larga y demostrada si se quiere acceder a una cala que permita descubrir los mojoneros señeros de la obra orticiano.

Me permito señalar, a modo de itinerario tentativo, poemas que considero claves en la configuración del universo poético orticiano, siguiendo una línea cronológica a través de los poemarios publicados: de *El agua y la noche*, "¡Qué bien estoy aquí!", "Siesta", "Otoño"; de *El alba sube*, "No, no es posible", "Ráfaga del vacío"; "Con una perfección"; de *El ángel inclinado*, "Fui al río", "En este momento", "Un palacio de cristal"; de *La rama hacia el este*, "Cielos de abril", "Septiembre", "Luna deshojada en el viento"; de *El álamo y el viento*, "Colinas, colinas", "22 de Junio", "Sí, mis amigos, allí en esos rostros..."; de *El aire conmovido*, "No te detengas alma sobre el borde", "El arroyo muerto", "Cantemos,

cantemos"; de *La mano infinita*, "A Teresita Fabani", "¿Qué quiere decir...?", "Ella iba de pana azul"; de *La brisa profunda*, "A la orilla del arroyo", "Pueblo costero", "Gualeguay"; de *El alma y las colinas*, "Dulce es estar tendido", "Ella", "Las colinas"; de *De las raíces y del cielo*, "Bajo las estrellas", "Sí, mi amiga", "Ah, mis amigos, habláis de rimas", "Deja las letras"; de *El junco y la corriente*, "Luna de Pekín", "Cuando digo China...", "En el Yan-Tsé", "Vidalita de la paz"; de *La orilla que se abisma*, "Callad, callad", "Preguntas a la melancolía", "Alma, sobre la linde", "Amiga..."

Los tres volúmenes presentan una valiosa iconografía del poeta.

EDELWEIS SERRA

*Universidad Nacional de Rosario,
Argentina*